

Emilio Mitre, *La ciudad Cristiana del Occidente Medieval (c.400.-c.1500)*, San Sebastián de los Reyes (Madrid), Actas, 2010, 430 pp., ISBN: 978-84-9739-105-4.

JOSÉ SÁNCHEZ HERRERO

La ciudad cristiana del Occidente Medieval durante el período 400-1500 constituye el objeto de la última obra publicada por el catedrático de Historia Medieval Emilio Mitre. Se trata de un trabajo novedoso y muy digno de ser tenido en cuenta por sus reflexiones, apreciaciones y puntos de vista, así como por su exhaustiva bibliografía.

Su primera parte está dedicada a las ciudades medievales y sus señas de identidad religiosa. Parte Mitre del concepto de ciudad en la obra pionera de Henri Pirenne, para repasar, en un exhaustivo estudio de autores y obras, las aportaciones de otros historiadores acerca del tema, y detenerse en la tesis de N.D. Fustel de Coulanges, quien sostuvo que en el mundo antiguo “el Estado estaba estrechamente ligado a la religión; de ella procedía y con ella se confundía. Por eso en la ciudad primitiva todas las instituciones políticas eran instituciones religiosas: las fiestas, ceremonias de culto; las leyes, fórmulas sagradas; los reyes y los magistrados, sacerdotes”. Sobre esta realidad antigua otros autores han añadido más aspectos a la imagen de la ciudad medieval: las ciudades catedralicias, las ciudades de frailes, las ciudades con un fuerte tejido parroquial, o las ciudades con un fuerte anclaje paleocristiano.

La segunda parte la dedica a una serie de ciudades concretas, repartidas en los varios marcos que fueron concebidos en los concilios bajomedievales: las naciones francesa, italiana, germana, británica e hispana. En la primera trata de Tours y San Martín, Poitiers y Santa Radegunda, además de Bourges, Reims y París. A las demás ciudades episcopales añade las del Imperio que fueron posteriormente incorporadas al reino de Francia. En el segundo grupo distingue las ciudades del valle del Po de Roma, urbe y orbe, sede del siervo de los siervos de Dios, y las que un tiempo gravitaron en su órbita: Florencia, ciudad de monjes y frailes, cuya catedral simboliza el orgullo cívico-religioso de la ciudad, y las dos ciudades para el estudio, Bolonia y Padua, con sus famosas universidades. También en las capitales de repúblicas, Génova pero sobre todo Venecia, se da el peso de lo cristiano: el traslado de las reliquias de San Marcos a la segunda en 827 señala el principio de su emancipación política. Y en todas las pujantes ciudades del Mezzogiorno,

desde Amalfi y Bari a Nápoles y Palermo, al sello de la dominación ostrogoda, bizantina, musulmana, normanda y angevina termina añadiéndose la impronta episcopal. Palermo, cabeza de arzobispado, tiene en las afueras su iglesia catedral –Monreal– en la “que se coronan y entierran los reyes de allí”.

El mundo imperial germánico y su esfera de influencia conforma el tercer grupo. De origen romano son Aquisgrán, cuya capilla palatina consagró León III en 805; Tréveris, a cuya basílica, baños y silo vino añadirse desde 326 la catedral habilitada en el palacio imperial; Maguncia, a la que Worms arrebató la capitalidad administrativa en el siglo VII; Colonia, a la que las reliquias de los Reyes Mayos convertirían en gran ciudad; más otras menores como Basilea, sede en 1431 del movimiento conciliar, o aquellas en las que nacieron universidades, como Viena y Praga. En los Países Bajos Gante se remonta a las misiones de San Amando, en el siglo VII, y la galorromana Brujas culminaría su identidad con la reliquia de la Santa Sangre, traída de Tierra Santa en 1149; desde el siglo XIV sus ferias no incluían el comercio de pintura, pañería y orfebrería, que eran la exclusiva de los conventos mendicantes. Estas ciudades (y otras como Douai, St-Omer, Ypres, Lille y Arras) conocieron el despliegue de la pintura flamenca, pero también el desarrollo de la *Devotio Moderna*, “más relacionada con la ascética que con la mística”. En el área inglesa, Mitre cita, como ciudades con impronta romana, a Rochester, Winchester –con una de las catedrales más largas de Europa– y York, en cuyo centro cultural catedralicio se formaría Alcuino. Aunque el obispado de Londres se remonta a la misión enviada por Gregorio Magno, el distrito urbano de Westminster estuvo dominado por la abadía y el palacio real. Pero el cristianismo se remonta en Escocia a la evangelización de los Pictos, a fines del siglo IV y en Irlanda a la predicación de patricio y la fundación en 445 del obispado de Armagh.

La tercera parte de la obra está dedicada a las ciudades hispanas. En sus “bases generales de partida” aborda el desequilibrio entre la Hispania romanocristiana (Bética, Tarraconense y Lusitania), “que había aceptado las pautas organizativas romanas” y el norte y noroeste escasamente romanizado. Señala luego, tras las invasiones del siglo III, la acentuación de los rasgos cristianos con la posesión de las reliquias de los mártires, y luego la estabilidad que supuso para las ciudades hispanas “la monarquía hispano-goda toledana”, por tratarse de “ciudades episcopales regidas por obispos nombrados por los reyes”. Siguiendo a Orlandis, Mitre destaca el peso del Levante y la Tarraconense, junto a la suerte diversa de las de la Bética (Córdoba, víctima de “un cierto abandono producto de las campañas del siglo VI”; Sevilla, con su “dinastía episcopal a lo largo de medio siglo”) o de la Lusitania (donde Mérida pasa de *civitas regia* con Atanagildo a sede metropolitana en 610, con Gundemaro), o de Toledo, cuya pujanza urbana está vinculada a las fundaciones de iglesias y a la autoridad moral e intelectual de algunos de sus metropolitanos.

Pero la llegada de los musulmanes produjo una dualidad en la estructura urbana, "situación que no se dio en el resto de Occidente" y las ciudades del mediodía "en el Alto Medioevo alcanzaron una potencia demográfica desconocida en la Europa cristiana". Frente a ellas, "lo que entendemos por Reconquista" llevó a la "homologación de España con el resto de los países del Occidente europeo", y favoreció con ello "la importancia del factor eclesiástico en el origen y la identidad de las ciudades españolas". Resulta evidente, dentro de la Corona de Castilla, el papel de la sede diocesana en el desarrollo urbano de Oviedo y León, así como en Toledo, desde el "rey de las dos religiones" y Bernardo de Cluny hasta Pedro Tenorio y Alonso Carrillo de Albornoz. Pocas ciudades como Santiago de Compostela deben tanto a las reliquias de un santo, que además era apóstol. De ahí el carácter de faro luminoso que tuvo su catedral, atrayendo peregrinos por el camino francés, una de cuyas etapas era Sahagún, regida por un poder no episcopal sino abacial. Otro, la "caput Castelle", Burgos, que tuvo en el obispo Don Mauricio una especie de "segundo fundador" y cuya sede será gobernada a fines de la Edad Media por dos miembros de un linaje de cristianos nuevos. En la Andalucía bética, la mezquita-catedral de Córdoba es el símbolo de los cambios espirituales anejos a los políticos. La Sevilla de los arzobispos hermanos, Leandro e Isidoro, conocería nuevo esplendor bajo los almohades y, tras la reconquista, fue sede de prelados sabios que terminarían en el cardenalato; pero fue también asiento de un importante contingente de población hebrea que hizo de ella el epicentro de la gran explosión antijudía de 1391.

Construida en la vía hacia la Galia, Pamplona buscaría sus raíces romano-cristianas, con la dinastía Jimena, en la tradición de San Cernín, equiparada a la de Santiago, y por su sede pasarían brillantes obispos desde Pedro de Rada (1083-1115), que reformó la canónica y construyó la nueva catedral. No menos importancia tendría el episcopado –junto a los monasterios– en la configuración de la Cataluña histórica: obispos de Gerona asistirían a los concilios de Toledo y en ella se celebrarían dos asambleas reformadoras en tiempos de Gregorio VII. Y en Barcelona el núcleo originario de la *civitas* romana, y episcopal, se convertiría en el centro de gravedad político, social y religioso del Mediterráneo. Ello a pesar de la tradición martirial de Fructuoso y compañeros en Tarragona, que hizo de ella la sede del vicariato apostólico para España en el siglo VI, y del papel reformador y catequista de su arzobispo Pedro de Albalat en la primera mitad del XIII. También Zaragoza acogió concilios (en 380 contra el priscilianismo, en 592 contra el arrianismo), antes de ser sede de Braulio, discípulo y amigo de Isidoro. Su conquista por Alfonso I en 1118 fue planificada como cruzada por un concilio en Toulouse, lo que determinó la participación de varios obispos en la operación militar y cristianizadora.

Emilio Mitre ha escrito un libro completo y claro, que se lee con agrado por lo mucho que informa y por lo bien escrito. La primera parte, la estructura de

la ciudad medieval cimentada sobre lo religioso, es sugestivo y novedoso, y me permito afirmar que valiente, al considerar el factor religioso como primordial. La segunda y tercera parte nos proporcionan un amplio esquema de la realidad de cada una de las ciudades, partiendo siempre de lo religioso, pero pasando a otros aspectos, demográficos, económicos, comerciales y culturales. Una consideración especial merece la tercera parte, que, me parece, ofrece por primera vez un estudio de todas las ciudades de la Península Ibérica hasta el siglo XV, en el que se destacan los rasgos similares y fundamentales que las aproximan a las demás ciudades europeas.

El prof. Mitre concluye claramente: "Alegar que la ciudad del Occidente europeo en la Edad Media o era cristiana o no era puede parecer exagerado. Lo es menos si el término cristiano no queda reducido a la mera superestructura institucional, que es factor importante pero no único. Decir ciudad cristiana es decir ciudad del obispo, pero también de los diferentes escalones del orden clerical, de las órdenes religiosas y de todo un cúmulo de fundaciones relacionadas con una cultura y una piedad (escuelas, universidades, cofradías, redes asistenciales...) que impregnan tanto la vida de los eclesiásticos como la de los laicos. La ciudad cristiana se define asimismo por un conjunto de construcciones -catedrales, iglesias menores, conventos, hospitales...- expresión de una particular espiritualidad y parte muy sustancial hoy en día de un fabuloso patrimonio.

En la presentación, Mitre presentaba la obra en el contexto de su carrera académica e investigadora. Su temprana jubilación le planteó a qué dedicar el dilatado tiempo libre: pues a leer lo que tenía pendiente y a "sacar adelante trabajos de cierta envergadura ya esbozados, y a los que la mayor disponibilidad de tiempo me permite dar un importante impulso". Han salido ya *Una primera Europa: romanos, cristianos, germanos (400-1000)* (Madrid, 2009), y en 2010 el que comentamos. Al tiempo que le felicitamos por esta magnífica obra, le deseamos que pueda continuar entregándonos sus nuevos trabajos.